

recibo entre los papeles del anciano Bombal, y que desde luego pensaron en sacar un buen partido de este hallazgo, no obstante que sus padres les habian referido mas de una vez el suceso de Darcelan, protestándoles que ninguno de los dos habia tenido la dicha de socorrer á este amante desesperado.

Así finalizó este pleito, señor Arleville; los malvados quedaron libres con algunos días de cárcel; y yo vuelto á mi asilo, estreché tiernamente entre mis brazos á mi adorada Eugenia, que me hubiera ahorrado tanto enredo si antes la hubiese descubierto yo el secreto de mi pleito.

Calló Darcelan, y todos se pusieron á discurrir sobre la noble conducta de su esposa. Tributaron mil elogios á su honrado proceder, á su discrecion y á la noble firmeza con que se presentó á los jueces; y el señor Arleville despues de dar las gracias al señor Darcelan por su atencion en venir á comunicarle un suceso tan extraordinario, le rogó que pasase algunos dias en la Cartuja, lo cual aceptó muy agradecido.

DIA VEINTICUATRO.

Pasébase Cipriano cierto dia con Enrique, Teodoro, Clara, Elisa, etc., y recayó la conversacion sobre la felicidad que gustaban, y el sagrado vínculo que une á los hermanos.—Sabeis, decia Cipriano, que no hay amigos mas verdaderos que los hermanos y hermanas, criados juntos desde la infancia? Entre ellos nada oculta el corazon; se disimulan los defectos, se profesan un eterno cariño; y finalmente, así como participan en comun de los beneficios de un buen padre, llegando á grandes, los bienes de los hermanos deben comunicarse igualmente.—Eso es lo que sucede siempre, replicó Teodoro, pues las leyes distribuyen entre los hermanos por iguales partes la herencia de sus padres.—No es eso lo que yo quiero decir, contestó Cipriano. Lo que yo entiendo es, que cuando uno de

Los hermanos es mas rico que los otros, debe darles lo que á ellos les falta para que puedan gozar una fortuna igual á la suya. Por ejemplo, tengo yo mil francos de renta, y tú no tienes mas que seiscientos; pues debo darte ciento cincuenta de los míos para que nos igualemos un tanto; y si acaso lo pierdes todo por un revés de la suerte, y yo tengo mucho ¡parecerá bien que deje á mi hermano en medio de la miseria cuando á mí me sobra todo? Ah! yo nunca permitiría tal cosa.

—Lo que estás^o diciendo, Cipriano, dijo Enrique, da honor á tu corazón, que á la verdad es mucho mejor que tu cabeza. Sin duda sería muy bueno que un hermano socorriese á otro hermano, puesto que disfrutaron juntos el cariño, la educación, los socorros y los beneficios de su padre; así debería ser; pero no es lo que sucede, ó por lo menos es muy raro. Cuando uno llega á grande solo se acuerda de hacer su negocio, y el que tiene mas actividad, ó sabe darse mejor maña, se enriquece, y no da nada al otro; léjos de eso, si este le debe algun dinero, yo te aseguro que se lo hará pagar en justicia, pleiteando con tanto ahinco, como si fuera un extraño.—¡Qué horror! dijo Cipriano, litigar entre sí unos hermanos, tratarse cual si fueran desconocidos! Eso no puede ser, Enrique, tú te engañas, y no puede menos de haber

leyes que se opongan á semejante conducta; y así como si yo necesitase en el día de alguna moneda para comprar dulces ó cualquiera otra golosina, me la darías, si tuvieras mas que yo, así tambien debe suceder cuando uno llega á ser hombre, con la diferencia de que no se darán las monedas entonces para golosinas, sino para cosas útiles. Yo á lo menos, si llego á tener una buena mesa, una buena casa, coches, caballos, muchos lacayos... y sé que mi hermano está mal hospedado, mal alimentado, que es padre de familia, que no le basta cuanto gana para mantener su casa, te parece que no le socorrería? Oh!... vive seguro Enrique, que hay leyes que me obligarian á ello.—Me haces reir con esa franca ingenuidad, leyes que obliguen á alguno á dar á un extraño su hacienda?—Pero los hermanos no son extraños...—Pues cree que llego á serlo, y á veces peores, mas encarnizados unos con otros, y mas ingratos entre sí, que si lo fuesen.—Vaya, vaya yo no creo nada de eso, y si no mira: papá tiene diez hijos, no es cierto? Pues bien, ha traído á su casa otros cinco muchachos que son sobrinos suyos, y que no tenían padre ni madre, ni mas amparo en la tierra; los ha confundido en su cariño con nosotros, los alimenta, los viste, los educa como á nosotros mismos...—Y piensas tú que esa es obligación, ó que las leyes le precisarian á ha-

cerlo así?—No digo tanto, aunque bien podría ser; pero si no lo hiciese, presumo que todos lo censurarían...—Tampoco tienes razón.—Sin embargo, supón tú que sus cinco sobrinos llegaran á grandes: no te parece cosa horrorosa que uno de ellos enriqueciese y no abriese su mano para socorrer á los otros cuatro, puesto que habían participado juntos de los beneficios de su padre?—Oh! dijo Evaristo, yo no dejaría perecer de hambre á mis hermanos, y haría con ellos lo que han hecho conmigo y con todos nosotros.—Sí, replicó Enrique, tú lo harías, pero tu ejemplo no lo seguirían los demás hombres. A lo menos así lo presumo, pero ya viene mi padre, y nos dirá si hay alguna ley que obligue á los hermanos á que dividan igualmente lo que cada uno gana para sí.

Llegó Arleville adonde estaban sus hijos, y preguntándoles de qué trataban, esplicóselo Enrique, y el padre de familia exclamó:—Hijos míos, la única ley y la mas eficaz que conozco en semejante caso, es la de la naturaleza, y la voz de la sangre y de la beneficencia! mas son pocos los que la oyen, y como ha dicho muy bien Enrique, se ven con frecuencia hermanos encarnizarse unos con otros por el vil interés, con mas furor que si fuesen estraños. Vosotros, hijos míos, os amais, os estimais; y en una palabra, os dais mútua promesa de union y de ca-

riño para cuando seais grandes; todos lo muchachos hacen lo mismo; pero cómo cambian cuando son adultos! Ya no se consideran como individuos de una misma familia, sino que cada uno abraza su partido, y se coloca conforme puede; se aborrecen; y por lo comun podreis esperar mayores servicios, mas estimacion, y mas verdadera amistad de parte de un estraño, que del que ha salido del mismo vientre que vosotros. Hijos míos! os lo confieso con sentimiento: es muy raro ver que los hermanos se socorran y amparen mútuamente; y el hombre sensible no debe buscar, generalmente hablando, dentro de su familia un verdadero amigo. El cielo que ha previsto esa ingratitude y ha querido remediarla, hace que dos estraños no formen mas que una sola persona, aunque sean absolutamente diferentes en el nacimiento y en los primeros hábitos de su educacion. El amigo, hijos míos, que reúne los buenos sentimientos que deberían hallarse entre los parientes, os los dará á conocer la historia siguiente de un conocido mio. Sentémonos sobre la fresca yerba, que corona este manso arroyuelo; y vereis por mi relacion, cómo respondo á Cipriano y á Enrique, manifestándoos al mismo tiempo cual es vuestro modo de pensar ahora que sois muchachos, y el que me recelo tengais algun dia.

¿EN DÓNDE, PUES, HALLARÉ LA FELICIDAD?

Lucival, jóven honrado y sin fausto, que era hijo de un particular parisiense, que vivía del producto de una gran casa que heredó de sus padres, había hecho su fortuna por medio de su actividad y trabajo; poseía diferentes conocimientos, no como profesor, sino como aficionado; no era hermoso, aunque tampoco era tuerco, ni jibado como suele decirse; sus ojos eran muy vivos, su estatura proporcionada, su entendimiento despejado, y su corazón excelente, sensible, virtuoso, y sobre todo confiado hasta el exceso. Parecía que todos los hombres eran bondadosos como él, y creía de buena fé que la palabra de *amigo* iba siempre acompañada de todo lo que caracteriza este bello nombre. Tenía un hermano mayor á quien solía visitar de vez en cuando; la conducta de este no era relajada; pero era un jóven indolente, que solo pensaba en divertirse y pasar alegremente el tiempo. Había fallecido su madre, y nuestro Lucival, como hijo humilde y desinteresado dejó en poder de su anciano padre la parte que le correspondía de la herencia de aquella, que sobre ser bastante considerable, ya podía disfrutarla por ser mayor de edad. Dedicado al

estudio de las artes y á su profesion de negociante que le granjea una buena, renta, trabó conocimiento con una señorita, hija de padres ricos, á quienes la pidió por esposa, logrando la dicha de obtener su mano. Elisa, que así se llamaba la doncella, le trajo en dote una suma cuantiosa, y una casa, especie de castillo aislado, á mas de cien leguas de Paris. Con todo, no penséis que la riqueza de su mujer fué la que tentó á Lucival, pues no veía en esta union mas que la dicha de poseer una compañera virtuosa y amable á quien adoraba, esperando de ella la felicidad; pero no tardó en suponer que Elisa era algo coqueta, caprichosa, inconstante en sus inclinaciones, de poco talento, y sin ningun carácter, pareciéndole ademas que su corazón era duro y nada á propósito para congeniar con el suyo. A pesar de todos estos defectos imaginarios no se disminuía el cariño de Lucival, quien la trataba con las atenciones mas finas; procurando apartarla de sus negocios y no consultándola en nada sobre sus operaciones; en una palabra, tomó él solo á su cargo el manejo de la casa; considerando que su mujer no servía para gobernarla, y que únicamente podía suavizar con su cariño conyugal el tedio de la soledad que experimenta siempre un solteron.

Encerrado, pues, en su despacho y sin dar parte á Elisa de ninguno de sus asuntos, no tu-

vo tiempo ni curiosidad de visitar la casa que aquella le habia traído en dote. Conoció Lucival que la poca confianza que tenia en su esposa daba motivo á ésta para afligirse; pero siguió su método de vida, hecho dueño absoluto de toda su casa.

Ya os he dicho, hijos míos, que Lucival tenia un corazón sumamente franco é ingenuo, y que á excepcion de su mujer, en todos tenía confianza, llegando á tales términos, que no pudiendo por sí solo dar cumplimiento á sus muchas ocupaciones; le robaban los criados, le engañaban sus infieles cajeros, y le petardeaban los advenedizos, siendo lo peor el que conoció muy tarde este desórden. Quiso al fin repararlo, mudando de sirvientes, pero fué de mal en peor, hasta que aburrido enteramente de aquel tráfigo de negocios, y de la chusma de importunos que á todas horas le sitiaban, determinó abandonar el comercio, y retirarse á una hermosa casa que poseía. Puso en práctica todo esto sin consultar ni participárselo siquiera á su esposa; y tuvo la injusticia de pensar, viendo la pesadumbre que á esta le causaba, que provenia del recelo de no tener en ella en lo sucesivo libertad para concurrir á bailes y tertulias. Intentó por lo mismo darle satisfaccion en cuanto á este punto; y Elisa encogiendo los hombros, le dijo que la conocia muy mal, reconvi-

niéndole, y con razon, por las continuas reservas que con ella gastaba... Ello es que por una extravagancia incomprensible, Lucival estaba persuadido de que todos le amaban, escepto su esposa, y le parecia que cuantos trataba eran honrados, buenos, sensibles y oficiosos, esceptuando tambien á su mujer! Su anciano padre queria tenerle continuamente á su lado, y él le visitaba con frecuencia, pero sin acompañarse de su Elisa. El calavera de su hermano sacaba buen partido del crédulo Lucival, y este partia con él su dinero, su crédito y le hacía toda especie de beneficios.—Qué vínculo, se decia de ordinario á sí mismo, puede haber mas dulce que el que une al hermano con el hermano? ¡Qué lazo como el de la sangre, mucho mas fuerte sin duda que los lazos del amor y del himeneo? Dos personas estrañas la una para la otra se unen, tal vez, por razon de estado... y ¡podrán tenerse un cariño que no existe sino entre las criaturas enlazadas por el parentesco, el cual no es otra cosa que una consecuencia natural de la voz de la sangre? Formados de los mismos elementos los padres, los hijos y los hermanos, tienen un poderoso motivo para amarse, al paso que los amantes, los esposos mismos... ¡ah! la riqueza, una preocupacion, un motivo, tal vez mas bajo, los une, y les persuade que deben amarse! Ved, si no á mi Elisa: cuándo tendrá

para mí esta mujer el corazón de un hermano? No es posible; ella es una mujer virtuosa, y nada más; pero ¿dónde están aquellos desahogos de la fina amistad, aquel calor de sentimientos y expresiones, aquel vivo interés que miramos al objeto amado? Elisa por ventura tiene algo de esto? Vería trastornada mi casa sin hacer el menor alto en ello!

Así discurría, ó por mejor decir, así soñaba el engañado Lucival, sin reparar que él mismo había comprimido el corazón de su esposa, y que tomaba por frialdad y por indolencia lo que realmente no era más que una resignación de parte de ella, que la costaba muchas lágrimas.

Entretanto, el padre de Lucival cometió un error muy grande, ó llamémosle locura. Sin decir á este una palabra de sus proyectos, le envió una cartera y un billete concebido en estos términos: "Querido hijo mío: en esta carta hallarás la parte que te corresponde de la herencia de tu madre, pues he determinado rendirte cuentas, no queriendo tener por más tiempo en mi poder dinero ajeno. Darás un recibo en papel sellado al oficial mayor de mi notario, que te hará esta restitución. En cuanto á lo que poseo actualmente supongo que es mío, y que puedo disponer de ello á mi discreción. Eres bastante rico para no necesitar de mi corta herencia. No por eso dejaré de

"amarte como siempre; pero es justo que pienso con alguna seriedad en asegurar la felicidad de mi vejez. *Tu padre*, etc."

No puedo espresaros como se quedó Lucival después de haber leído esta carta. Quisiera ver á su padre antes de firmar el recibo; pero el oficial del notario le daba tal prisa, que no hubo remedio más que verificarlo. Recoge las letras de cambio sin examinarlas, y parte volando á buscar á su padre... pero es el caso que ya no habita en el mismo parage, pues ha vendido su casa á otro dueño, y allí le dicen á Lucival que seducido el viejo por una mujercilla que lograron introducir cerca de su persona, había ido á casarse con ella en una casa de campo.

Volvióse al oír esto Lucival á la suya, pensativo y lleno de un profundo dolor.—Qué habré hecho yo, decía, que pudiese ofender á mi buen padre? Veinte años, esto es, desde que tengo uso de razón, veinte años de respeto, de ternura y de afecto verdaderamente filial á este anciano, se habrán perdido del todo! No siento perder su herencia, me alegro de que se case y deseo que sea feliz; pero pudo haberme participado sus designios; porque lejos de haberme opuesto á ellos, hubiera hecho de mi parte todo lo posible para realizarlos... Pero él huye de mí, enviándome la herencia de mi madre

con aspereza, y me oculta su paradero para que yo no pueda gozar mas de su vista, de los tiernos abrazos de un padre!...

Parte á la casa de su hermano, y hallóle desayunándose con su mujer, á quien habia dado la mano hacia pocos meses. Levántanse uno y otro para recibirle con toda cortesía, aunque con alguna turbacion. Entró en materia Lucival, leyó su carta, y preguntó á su hermano Maximino, si habia oido hablar de tal cosa?—Sí, le contestó este con tono vacilante, tambien lo sabemos por acá; mi padre me ha cerrado tambien sus puertas, y no sabemos que se ha hecho, ni en donde para. Esa mujercilla de que te han hablado y que ha logrado engañarle, no pienses que es ninguna jóven... es una mujer como de cuarenta años, siempre achacosa y enfermiza; pero de muy buen parecer todavia. La he visto una vez en casa de nuestro padre, bien que sin sospechar... Él nos deshereda... y este golpe debe serte menos sensible puesto que eres rico, que á nosotros, que no estamos bien. Sin embargo, vivamos como buenos hermanos, y hagamos por olvidarnos del hombre injusto á quien debemos la vida.

Maximino, pronunciando estas terribles palabras con el tono de un actor trágico, se arrojó al cuello de Lucival fingiendo sollozos y lágrimas con las cuales enternecido éste, exclamó:

—Sí; sé tú mi amigo, mi buen hermano! ya no somos mas que los dos; pues bien, ofrezcamos al mundo un dechado de la mas cariñosa amistad fraternal.

Pasados los primeros instantes de este desahogo fingido en el uno, y muy verdadero en el otro, el pérfido Maximino hizo recaer la conversacion sobre un asunto de mas importancia para él, diciendo:—Ahora se me proporciona una ocasion favorable de cargar algunas mercancías en una nave que se dirige á las Islas. Tengo un amigo que me prestará treinta mil francos; si tú, mi buen hermano, quisieres fiarme, este amigo, que es un rico banquero, vive á dos pasos de aquí, le iré á buscar...

Salió corriendo Maximino, y volvió á poco rato acompañado de un sugeto, cuyo nombre, profesion y honradez conoce nuestro Lucival. —Sí, dijo el banquero, si vos quereis ser fiador de vuestro hermano, á quien estimo mucho, le prestaré la suma de treinta mil francos que me pide, mediante un razonable interés; y creo que antes de un año duplicará su capital.

Lucival estuvo pensando un poco, porque conocia la desarreglada conducta de Maximino; pero al fin, viéndose estrechado por este y por su mujer, convino en todo, estendiendo la solicitada fianza.

Salió sin embargo de aquella casa penetrado

de ternura, y bendiciendo el apetecible vínculo que une á los hermanos entre sí. Acostumbrado, como ya sabeis, á tratar á su mujer cual si fuera una niña, no la dijo una palabra del matrimonio de su padre, ni de su carta, ni de haber recibido ya la herencia materna; ni en fin, de lo que acababa de hacer con su hermano.

Mantúvose triste algunos dias, lo cual sentia amargamente su esposa; y no lograba suavizar su afliccion hasta que llegó un nuevo intrigante. Era este un primo hermano suyo por parte de madre, que venia de sus viajes: llamábase John; y como viniese absolutamente necesitado, solicitó la benevolencia y amparo de su pariente. Lucival, que cabalmente habia despachado á su secretario la víspera, formó intencion de dar á su primo este empleo, aunque sin sujetarle á ciertas formalidades, pues habiéndose criado juntos, se tenian mucho cariño desde la infancia. El pobre mozo se hallaba falto de recursos; era corpulento, gallardo, de amable presencia, y rada escaso de habilidad y buena educacion. Está resuelto; John se quedará con su primo, será su amigo, y fiel á las leyes de la sangre, que por el confiado Lucival son infalibles, llamó á Elisa únicamente para que conociese al primo, y le considerase como una nueva entidad en la casa. La infeliz Elisa que no podia menos de aprobar cuanto hacia su ma-

rido, recibió al primo con frialdad, y se volvió á su cuarto para proseguir bordando en secreto una bata que pensaba regalar á su esposo.

Un dia, hablando Lucival con John le pregunta:—¿Sabes la locura que ha hecho mi padre?—He sido enterado de ella apenas llegué á Paris.—Y has visto á tu primo Maximino?—Lo sentiria, pues me repugna su maldad.—¿Qué sabes de él?—Ignoras que él fué quien arregló el matrimonio de tu padre?—Maximino?... será posible?—No hay que dudarlo. Despues de haber disipado su parte en la herencia de tu madre, no pararon sus ardidés hasta lograr la del viejo.—Pero cómo?...—Voy á decírtelo.—La mujer de Maximino no tenia mas parientes que una tia de cuarenta años, muy astuta, pero de salud vacilante por la mala conducta que ha tenido. Maximino y su mujer dijeron entre sí:—Si lográramos casar á nuestra tia con el viejo... él tiene ya setenta y ocho años, ella tampoco le va en zaga... y heredaríamos todo. Así se hizo. Introdujeron mañosamente á la tia en casa de tu padre; y ella supo representar tan bien su papel, que, exaltada la cabeza del anciano, cayó en la debilidad de tomarla por esposa.—¿Qué malvados! Y yo lleno de candor y buena fé he dado á estos mónstruos una fianza de treinta mil francos...—Que perderás, porque Maximino está tan desnudo como yo.

John siguió tomando mucho ascendiente en la casa, y hacia cosas que solo podían tolerarlas la bondad, ó por mejor decir, la fluqueza de Lucival; este le cobró tanto cariño, que le parecía el mejor de todos los hombres. Elisa fué del agrado de John, quien pensaba abusar de la hospitalidad y deshonrar á su bienhechor. Conoció Elisa desde luego la impresion que habia hecho en el primo, y no tardó en confirmárselo la osadía del malvado, que le hizo proposiciones escandalosas; y como notase que esta le daba la respuesta que merecia, mudó de intento, amnazándola si no condescendia con sus torpedos, con valerse de todo el influjo que tenia en el corazon del débil marido para sugerirle un divorcio.—Hallaré arbitrios para ello, añadió; él es nécio y le haré creer cuanto yo quiera. Miradlo bien, y consultadlo mejor, antes de que me decida á tomar ese partido.

Estremecióse la inocente Elisa, porque conocia el predominio de John sobre su esposo; no ignoraba que este siempre la habia juzgado mal, creyéndola coqueta y sin carácter; por lo mismo, como ya estaba preocupado contra su esposa, seria fácil que diese crédito á las calumnias de un impostor. Descubriria los planes del primo, á su marido? Lucival no la creará, y la venganza del perverso John será mas terrible... Forma pues otro proyecto que le pareció muy acerta-

do, y para ejecutarlo se vale de Jacobo, criado de confianza de Lucival. Dicen que no tiene carácter la virtuosa Elisa; pero ahora conoceréis su valor y su firmeza.

Mientras que ella dispone su defensa en secreto, el malvado sigue cada vez mas oficioso con Lucival, y éste, sin estimar lo bastante á su mujer, la tiene sin embargo por virtuosa, vive con la mayor seguridad, y ni aun por el pensamiento le pasa que la vecindad de un mozo gallardo y de buena presencia pueda ser peligrosa para su honra: corresponde á los tiernos cuidados de su primo, le concede toda su confianza y por esta vez cree firmemente no haber salido engañado. Seis meses se pararon desde la entrada de John en su casa, y le parecía que con él habia entrado la felicidad.

Una noche, que volvía del teatro donde habia estado solo, encontró á John, al parecer, triste, inquieto y pensativo, el cual le entrega una carta de Elisa... Lucival lee lo siguiente:

“No os maravilleis, querido Lucival, si al volver á casa no me halláis en ella. Largo tiempo hace que tenia yo un secreto negocio que terminar, un viaje urgente que hacer... he partido... no procureis indagar hácia qué sitio dirijo mis pasos, pues todas vuestras averiguaciones serán inútiles... No llevo conmigo mas que mis joyas y algunas otras cosas indispen-

sables... el cruel destino lo ha querido así!... y tal vez algun dia, si consultais imparcialmente vuestro corazon, me hareis justicia... Adios! Yo no sé cuando nos volveremos á ver.—*Vuestra infeliz Elisa.*”

¡Qué golpe tan terrible para Lucival!—Oh Dios! exclamó: mi esposa me abandona!—Sí, te abandona, respondió el traidor John procurando componer el semblante. Yo debí sospecharlo... Ella hizo sus preparativos, entró en un coche, y me suplicó te diera este billete... Pero como no tengo derecho para intervenir en las acciones de tu mujer... Como regularmente iba y venia, salia, entraba y lo hacia todo á su antojo... permanecí impasible. En fin, procura olvidarla... tú ya no la amabas demasiado...— ¡Ah! no creía amarla tanto! este accidente fatal hará que pierda yo el juicio y aun la vida!

Lucival derrama un torrente de lágrimas; John y el criado Jacobo procuran consolarle, mas todo en vano... Retírase John, y el fiel Jacobo que se queda acompañando á su amo, necesita de la mayor firmeza para no descubrirle la verdad. Lucival pasa una noche cruel. Padre, hermano, esposa, repetia con frecuencia, todos me abandonan! Solo me queda un amigo, y no le falta á mi infortunio mas que verle tambien ingrato!

Este momento no podia tardar, porque John

se habia disgustado de pasar sus horas al lado de un esposo melancólico y afligido. Despues de una semana, una nueva desgracia vino á aumentar la desesperacion de Lucival. Acababa éste de dar un paseo con el fiel Jacobo, únicamente para distraer un tanto su profunda tristeza, y al volver á su casa, abrió sus armarios y notó que sus alhajas habian desaparecido. El despacho en que solia dejar la llave, muy confiado en su primo, parece un desierto. Las gavetas han sido forzadas, y su dinero y las letras de cambio han desaparecido tambien.

¿Quién ha podido cometer este robo? pregunta, se informa, y el portero le dice que vió entrar en un coche á su primo con una enorme caja tan pesada que apenas podian levantarla dos hombres; y añadió haberle parecido que John dejaba para siempre la casa, y se llevaba todo lo suyo; pero que no se atrevió á preguntárselo...

Él es el que acaba de añadir el crimen de ladrón á la ingratitud mas abominable!... Confesad, hijos míos, que es preciso mucho valor en un hombre, y una gran fortaleza de alma para no fallecer al peso de tantos golpes! Mientras que Lucival está todavia como aturdido y sin saber que hacerse, vé entrar al banquero que habia prestado á su hermano los treinta mil francos, diciéndole:—Señor Lucival, estoy per-

dido, si no cumplís inmediatamente vuestra palabra! Maximino es un hombre infame... pues en vez de embarcarse y de aprovechar mi dinero en un comercio lucrativo, lo ha derrochado; por lo mismo, vengo á suplicaros que me restituys esa deuda, que como fiador de aquel, se hizo vuestra.

—Esperad, señor, le contestó Lucival con voz dolorosa: voy á satisfaceros... Jacobo! ve y dile á mi notario que venga inmediatamente.

En tanto que el criado va en busca del notario, Lucival, absorto en sus tristes reflexiones no sabe si declarará su robo á la justicia para que se persiga al malvado... pero este es su primo; podria deshonrarse haciendo que le castigarán conforme lo merecia... Lucival callará, huirá de Paris, léjos de sus parientes, de su esposa y de sus amigos... Todos, todos en su concepto son unos pérfidos!

Llegó por fin el notario, y Lucival le dijo:—Teneis treinta mil francos que me podais prestar ahora mismo?—Ya sabeis que mi dinero es el vuestro.—Os doy mil gracias por vuestro favor, y usando de él, hacedme el gusto de entregar esa suma á este banquero. A la vez os doy mis poderes para vender mi casa; del producto de la venta os reembolsareis de vuestro dinero, y seguireis manejando mis asuntos durante el viaje que voy á emprender.

Marcháronse banquero y notario, quedándose solo con Jacobo el desventurado Lucival. Qué agitacion la suya, qué palidez en el semblante! —Mi buen amo! le dice aquel con el mayor interés: quién hubiera dicho que vuestro primo?... —No me hables nunca de ese mónstruo!—¿Y vuestra esposa?—Tampoco pronuncies jamás delante de mí ese odioso nombre!—Pero de veras os machais?—Sin dilacion.—Y vuestros criados?—Allá se avengan con mi notario, que tiene poderes para el arreglo de mis negocios.

Dicho esto, Lucival salió con los brazos cruzados y hundida la cabeza en el pecho. Volvió de allí á algunas horas; pero siempre abatido. —Jacobo?—Señor!—Está todo dispuesto?—Si señor, todo.—Pues partamos.

Entró Lucival en su silla de posta; monta Jacobo á caballo en traje de postillon; suena el látigo... y parten.

A la entrada de un valle en cuya estremidad se veia una casa de campo magnífica, repentinamente Jacobo fingió hallarse muy incomodado por un fuerte dolor, y pretestó no poder seguir adelante. Lucival que como ya sabeis, tenia un buen corazon, y que por otra parte amaba mucho á este criado por su fidelidad, se detuvo haciendo con él lo que un buen padre con su hijo; mas viendo que no podia restituírle la salud, ni las fuerzas, le propuso que fuese á

pedir hospedaje al dueño de la quinta que estaban viendo. Besó Jacobo las manos á su amo por tanta merced, y uno y otro se dirigieron á la quinta que solo distaba medio cuarto de legua. Llamó Lucival á la puerta, y saliendo una vieja.—Me atreveré, la dijo Lucival, á preguntaros de quién es esta casa?—De una señora respetable, tan bella como virtuosa; mas ¿por qué me haceis esta pregunta, señor?—Decidme, ¿tendrá á bien la señora conceder su hospitalidad por un día no mas, á mí y á este criado que viene indispuerto?—Con mucho gusto. Entrad; y en tanto que doy recado á la señora, descansareis.

Entraron Lucival y Jacobo, precedidos de la vieja, en una sala baja; los criados recogieron la silla de posta y los caballos. Interin no llegaba la dueña de casa, Lucival hacia mil dolorosas reflexiones acerca de su situacion.—Y bien, Jacobo, le pregunta, cómo te sientes?—No muy bien señor, no muy bien!—¡Oh! suerte cruel, serás todavia tan injusta, que me prives del único amigo que me queda! Ya no me faltaba otro golpe que sufrir, y en este caso cómo podria tolerar la vida!—Señor... Qué bondadoso sois!—Qué quieres, amigo Jacobo? A quién habré de recurrir en este mundo? Adandonado por mi padre, burlado indignamente por un hermano ingrato, robado por otro deudo mas vil todavia!

Con una mujer infiel!... mi Elisa, que yo creia ser la misma pureza!... ¡Ah, desgraciado Lucival! En dónde, pues, hallarás la felicidad?

Al decir esto se abrió una puerta, y preséntase una mujer, exclamando:—“¡En mis brazos, amigo mio, sí, en mi corazon solamente!”

¡Cuál fué la sorpresa de Lucival reconociendo á su esposa! Quiere desecharla de sí sin saber lo que hace; mas una reflexion instantánea le abre los ojos, y le hace comprender que le han traído de propósito á este reconocimiento, acabando de convencerse de ello al ver á Jacobo que un poco antes se mantenia inclinado sobre el pecho, como quien sufre algun dolor, levantarse de repente, cobrar todas sus fuerzas, y decir á su amo con toda energía:—Sí señor; ahí teneis á vuestra virtuosa Elisa que no ha cesado un momento de ser digna de vuestro amor!

Lucival no sabe si debe manifestar el rostro severo ó ceder al impulso de su corazon....—Pero... Elisa... cómo es posible?... Esta casa...—Es la mia, respondió Elisa, es la nuestra, la que te he traído en dote y de la cual segun parece has hecho poco caso. Jacobo recibió la órden de conducirte aquí con cualquiera pretexto, y en verdad que ha desempeñado bien su encargo. John queria deshorrar á tu esposa..... temí el influjo que sobre tí tenia... fingí ceder

sus deseos, y siguiendo su pérfido consejo he convenido en abandonarte con el objeto de pedir despues un divorcio, y por último, le hice venir á esta quinta persuadiéndome que acaso pudieses conocer por sus acciones su traicion. Despues de haberte despojado de to lo, llegó en efecto á rendir (son sus palabras) tus bienes á mis plantas... Recogílo todo, aparentando siempre aprobar sus hechos; y juzga con qué impaciencia esperaria tu llegada!... En fin, ya estás en mis brazos, querido esposo!... á John le tengo encerrado. Ahora le verás.

Tomó Elisa de la mano á Lucival, haciéndole entrar en la especie de cárcel donde estaba el perverso John, y dijo á este:—Infame! me creiste capaz de favorecer tu indigna traicion?... Aquí está mi esposo que hoy se reune con su Elisa en virtud de mis inocentes ardidés: huye léjos de nosotros y ve á llorar tus maldades, ya que he sabido confundirlas.

Al oír estas palabras, John quiso responder:—Mujer engañosa! burlarte así de un hombre que te adoraba!... Lucival, tú triunfas!... pero yo me vengaré.

Lucival saca la espada con ánimo de matarle; Elisa detiene su brazo; y el traidor arrojándose de un salto á la puerta echó á correr, desapareciendo como un relámpago.

Luego que hubo partido, abriendo Elisa un

armario, y entregando á Lucival sus alhajas, el dinero y las letras de cambio que John le habia robado, se arrojó de nuevo en sus brazos diciéndole con el tono mas cariñoso:—Querido esposo mio!—Déjame respirar, amada Elisa!... Tanta constancia y valor!... mas á qué vino el huir de mí, engañarme, afligirme como lo has hecho?—Porque me conocias mal, porque John habia captado toda tu confianza; y recelé que no dices crédito á mis justas quejas contra un malvado. ¡Ah! cuántos esfuerzos he tenido que hacer! y te atreverás á buscar amigos fuera de tu esposa!—No, replicó Lucival, porque encuentro la dicha en el dulce vínculo del himeneo.—Sí, amigo mio, le contestó Elisa, nadie es mas feliz que los esposos entre quienes reina una verdadera armonía. Sus intereses, su honor, todo es comun entre ellos; y no podrá el uno experimentar una pesadumbre, una injusticia, sin que recaiga sobre el otro. Ellos se manifiestan sus mas ocultos pensamientos, se perdonan mutuamente sus errores, confiesan sus ligeras faltas, toman juntos las medidas oportunas para repararlas, y el silencio mas profundo encubre su recíproca confianza. Amado Lucival, no hay en la tierra un vínculo mas sagrado.—Te consagro toda mi existencia.—Pues seré desde este dia la mujer mas feliz! Jacobo, cuánto te debo!

Jacobo, que como podreis imaginar, habia recobrado enteramente la salud, enjugándose las lágrimas, respondió riendo y llorando:— ¡Oh, señora! yo he cumplido mi obligacion.... Pero lo que mas me afligia era ver á mi pobre amo tan triste, tan pensativo... Mil veces estuve á punto de descubrirselo todo.—Pues hubieras hecho muy mal, porque Lucival tal vez no te hubiera creido, hubiera tomado otro partido, y no hubiéramos logrado confundir al perverso que dividia nuestros corazones. Ahora, querido esposo, nos volveremos á Paris para impedir que tu notario venda tu casa, puesto que has hallado con que reintegrarle los treinta mil francos que un mal hermano.....— No hablemos de eso..... Pero cómo has sabido tú?...—Por una carta que nuestro fiel Jacobo me ha dirigido por el correo al momento de tu salida. Pero no pienses que voy á reconvenirte por ello. Restitúyeme tu corazon, y quedaré harto recompensada de haber cumplido mis deberes.

Volviéronse los dos tiernos esposos á Paris, en donde vivieron el uno para el otro, siendo las criaturas mas felices de la tierra.

Sin pretender, hijos míos, que tomeis á la letra la moral de esta historia, os he hecho ver lo que son en la sociedad los hermanos y todos los parientes, aunque debeis advertir que el

ejemplo de Lucival es muy raro. Os he probado que el cielo envia en socorro del hombre abandonado de sus deudos una amiga mas segura, mas fiel y mas tierna que todos aquellos con quienes le unian los vínculos de la sangre, y esta amiga es una esposa, que teniendo las virtudes de vuestra madre, por ejemplo, es el mayor bien que podemos poseer en la tierra. Estas lecciones quiero que os sirvan para cuando seais grandes; preservandoos de los vicios que cercan al hombre; y si ahora cuando jóvenes os amais como verdaderos hermanos, haced un firme propósito de aumentar en lo sucesivo esta dulce amistad que tanto me recrea.